

LOS LUNES
DE «EL IMPARCIAL»



SR. D. JOSÉ ORTEGA Y MUNILLA.

Mi distinguido amigo y compañero: El libro titulado *Los Lunes de El Imparcial*, que ha tenido V. la bondad de enviarme, renueva, y como que resume melancólicamente en mi corazón, el placer semanal que había experimentado durante algunos años al leer cada uno de los artículos que ahora veo juntos en confusa y pintoresca amalgama.—No otra emoción se siente cuando, después de recorrer con *cicerone* las calles y plazas de alguna gran ciudad—sus iglesias, fábricas, palacios, puentes y paseos,—sube uno al más alto campanario que la domina, y ve de golpe, reunidas en apretado y gracioso grupo, tantas y tantas cosas como allá abajo le entre-

tuvieron horas y horas y le interesaron diversa y separadamente.

«¡Cómo se condensa lo pasado! ¡Cómo se borran las líneas divisorias de los hechos! (he exclamado yo, al mirar este precioso volumen, lo mismo que al abarcar toda una ciudad de una sola ojeada). ¡Cómo las desiguales y caprichosas partidas se convierten en inalterables sumas! ¡Cuántos pormenores dejan ya de apreciarse! ¡Cuántos desaparecen por decantación en el mudo fondo del olvido! ¡Qué abismo es el mar de nuestra común ó individual historia!...»

Pero no se refiere á semejantes melancolías lo que yo pienso decirle á V. No ha sido para eso para lo que me he valido de la citada imagen, sino, muy á la inversa, para comparar el jubiloso efecto que causa el nuevo libro con la delectación y alegría que nos produce el pintoresco y abigarrado panorama de Valencia ó Murcia... (fijémonos en Murcia), visto desde la altísima torre de su catedral...—¡Qué variedad y riqueza de colores! ¡Cuánta luz y cuántas risas en el cie-

lo! ¡Cuánta animación y lozanía en el campo! ¡Qué filigrana pérsica la de aquel apelmazado caserío! ¡Cómo se dibujan las palmeras en el azul de la atmósfera! ¡Cómo reluce el río entre el arbolado de las huertas! ¡Qué elegantes líneas las de los malecones y caminos! ¡Cuánta colorada naranja y cuánto dorado limón, rivalizando con las flores de los verjeles! ¡Qué eterna juventud en todo, hasta en los turgurios, que, vistos de cerca, serán feos y viejos! ¡Cuán lisas y limpias parecen calles y plazas! ¡Cuán diminutas é inofensivas las gentes! ¡Cuán armonioso el conjunto de sus pregones y de sus ayes!... ¡Cuánto gozarán los zánganos de aquella colmena! ¡Qué dulce es vivir! ¿Quién habló de la desaparición del Paraíso Terrenal? ¿En dónde mejor edén que el de las orillas del Segura?

Mas tampoco debería yo expresarme así para analizar su libro de V. en una carta con honores de artículo, probablemente destinada á la publicidad... ¡Tal vez sería preferible dejarme de hipérbolos y metáforas, á fin de que los *natura-*

listas en crudo no extrañasen que los literatos cultivemos la literatura, que los artistas amemos el arte y que los poetas usemos el lenguaje de la poesía. Quizás pareciera más *real, verdadero y positivo* el que también yo prescindiese de que tengo *alma*, ó como ahora se llame, y de lo más noble y puro que en ella siento, y del aspecto ideal de las cosas, y de los espontáneos entusiasmos de mi imaginación, reduciéndome á copiar los fenómenos que no se ocultaron ni al mismo Sancho Panza, la parte vulgar y pedestre de la vida, las miserias que tiene olvidadas cualquier practicante de hospital, lo que copia la máquina de cualquier fotógrafo. —Sin embargo, prefiero cierta impopularidad entre los iconoclastas de moda á cierta degradación ante mi fuero interno, y continuaré hablándole á V. en el tono y de los asuntos que son y han sido siempre propios del Arte, aunque haya musas, afortunadamente repulsivas al público distinguido y de gusto, que apelliden *romántico, falso y sentimental* todo lo que sobresale algo

del nivel de lo cursi, ramplón y grosero.

Torno, pues, á mi tan repetida metáfora, y digo, en elogio de V., que por la prontitud y viveza del discurso, por el fulgor del calificativo, por la concisión de la sentencia, por la voluptuosidad del sentimiento y por la variedad y subido tono de las galas retóricas, *Los Lunes de El Imparcial* pertenecen al género semifictico, en su matiz más caliente ó vistoso; al estilo natural de África, que es el mismo de Murcia; al de las muchas y muy enérgicas y contrastadas tintas; al de las mantas, zaragüelles y monteras que allí constituyen la hermosa vestimenta del indígena, y al del exaltado y espléndido lenguaje que usan todos aquellos paisanos de la seda, de los dátiles y de las rosas.—No será V. oriental en *Los Lunes* al modo de los árabes místicos y taciturnos, vestidos únicamente de blanco, ó de blanco y negro, que plantaron sus tiendas y luego sus ciudades al extremo del Atlas, por el lado de Tetuán, Fez y Tafílete; pero lo es V. al modo de aquellos lujosos y alegres argelinos (y aún me ex-

tiendo á los opulentos moros de Túnez y de Trípoli), cuyo traje luce todos los colores del arco iris y en cuyo adorno entran todos los metales y todas las piedras preciosas.

Así es que, pintando las maravillas de la naturaleza, las obras del arte, las costumbres de la vida, las creaciones del ingenio, todo ese mundo *real*, pero no siempre *material*, y nunca *ordinario* ni *antiartístico*, que palpita en sus animadas crónicas, da V. constantes muestras de ser algo mucho más alto y lúcido que el afanado noticiero de otras secciones del periódico; es V. á todas horas el buscador de oro y el buzo de perlas; es V. el instruido artífice, cincelador de primorosas frases; es V. el elegante mago que viste con fantásticos atavíos la triste *verdad*, para hacerla más grata y recomendable; es V., en fin, el poeta de los tropos y las figuras, como los autores de esas kásidas y odas que nos han traducido Gayangos, Lafuente Alcántara y Simonet, donde pocas cosas aparecen con su adocenado nombre ó con su ruín estatura,

sino idealizadas y agrandadas por el arte. —¡Si! V. pertenece á aquella raza de escritores, esencialmente pintorescos y parafrásticos (refiérome á Ibn Aljathib, Abulwalid, Almaccari, etc.), que dieron noventa y nueve nombres á Dios; que llamaron á la vega granadina *cuento de los viajeros y conversación de las veladas, ó mar de trigo y mina de azúcar y seda*; que denominaron á sus jóvenes hermosuras *lunas nuevas ó lunas llenas, según la precocidad*; que apellidaron á Málaga *ciudad de la salud, rival de los astros, frente de mujer seductora, reparo de contratiempos*; á Granada *esposa que sale á vistas, y cuyas regiones son su dote*, y á Guadix *tierra en que nadie languidece, excepto el aura de la primavera*; poetas insignes, en medio de su propio sensualismo hiperbólico, que escribieron en el Patio de los Arrayanes de la Alhambra: *Si la luz de las estrellas es trémula, sólo lo es por miedo al rey Mohammed V*, y en la Fuente del Patio de los Leones: *Confúndense á la vista el agua y el mármol, y no sabemos*

cuál de los dos es el que se desliza, y para quienes los habitantes de Cártama eran gentes sin resignación en las calamidades, cuyas manos se velan atadas por la avaricia, y cuyas espadas estaban siempre desnudas para las mutuas reyertas.

De aquí, mi buen amigo, el que sea usted tan admirado y envidiado generalmente, y de aquí también el que sirva V. como nadie para la literatura rápida, vivaz, conceptuosa y espléndida del folletín á lo Jules Janin, al propio tiempo que acredita V. meditación más sosegada y estilo más disertado en sus famosas novelas, de que no necesito hablar en esta carta, pues que ya sabe V. cuánto me deleitan y complacen, no obstante mi fama de intransigente y el pasajero culto que ha rendido V. en algunas, á fuer de joven, á la pícara y variable moda... ¡No se advierten estos resabios en *Los Lunes*, ni aun en los casos en que V. se lo propone deliberadamente ó lo exige aquello mismo que elogial Siempre es V. en ellos *idealista*: no hay fenómeno *positivo* del

espíritu humano, por quimérico ó soñado que parezca, que se escape á la atención y al respeto de V. Comprende, por elevación de instinto, que lo *extraordinario* es el adecuado patrimonio de la *poesía*; que, ni aun en casera tertulia, cuenta nunca nadie lo *insignificante* y *trivial* en que sólo intervienen medianías *vulgares*; que el cuadro, la estatua, el drama, la novela, siempre versaron acerca de lo *excepcional*, *heróico* y *peregrino*, y que si alguna vez el genio, en sus humoradas, trata lo *feo* y lo *sucio*, lo hace monumentalmente y por contraste, como Víctor Hugo en *Cuasimodo*, para lucimiento de la propia potencia artística, ó en son despectivo y burlesco, sin más transcendencia que la de toda caricatura, como nuestro Quevedo en *El Gran Tacaño* y en otras de sus inmortales obras.

Pero nadie pensó nunca en hacer una *heroína* de tal ó cual desaseada maritornes ó pobre señora de cuarto tercero, á quien nada de *particular* ocurre.—¡Fuera demasiado fácil la tarea de *crear* estos

tipos para que pudiesen constituir título de glorial. Ó la literatura y el arte no son nada, ó son algo distinto de la prosáica *realidad conocida por todos*.—Porque hay otra *realidad*: la de las regiones *superiores* del alma y de las cosas, tan *verdadera* y tan *humana* como la no *cantable* ni *contable*.—Quédese, pues, para la estadística, para las clínicas y para los juzgados de primera instancia el estudio y censura de lo simplemente atroz ó sangriento. El arte sólo registra parricidios como el de Guzmán el Bueno ó el de Lucio Junio Bruto, trances amorosos como el de Francesca ó el de Cleopatra, ferocidades como las del Tetrarca de Jerusalén, demencias como la de D. Quijote, suicidios como el de Lucrecia; pero los crímenes del Canal ó de las Vistillas, resultado de móviles mezquinos ó despreciables, no salen de la esfera de la causa criminal de oficio, á la cual ya se ha dado la necesaria solemnidad con el juicio oral y público.

Voy á concluir. En la amable carta á que contesto me pregunta V. por qué no

escribo. No es, como V. se imagina, según las bondadosas frases que me dirige, porque el público me parezca definitivamente pervertido. En primer lugar, nunca he dejado de tener sólidas razones para entender lo contrario. En segundo lugar, veo ya claramente que el ciclón pasa. La avenida de cieno, de aquel cieno que oportunamente anegó á mi cuitado héroe de *La Pródiga*, baja, y baja hace ya algún tiempo. El clásico y profundo Cañete y el denonado y elegante Luis Alfonso (sé que V. se alegrará de ello) están á punto de cantar victoria en su brillante campaña crítica contra el naturalismo sin conciencia y sin blasón estético... ¡Pronto volverá á reconocerse universalmente que no sólo de pan vive el hombre, y que hay en nuestra alma *realidades* más *positivas* y hermosas que las que ven los ojos de la cara de un cualquiera en la mujer ó en el dinero de su prójimo!

Si no escribo es por falta de tiempo; pero podré volver á escribir, después que Dios, Nuestro Señor (*¡qué tonte-*

ria! exclamarán no pocos sabios al leer este saludo), sea servido de procurarme arbitrios y medios para que mis hijos no tengan que meterse á literatos el día que yo les falte. ¡Harto siento, entre tanto, el que la literatura no produzca en España lo suficiente para el sostén de dos generaciones de una familia, ni aun gozando el metido á escritor, como yo he gozado hasta ahora, de la más decidida protección del indulgente público; protección que, dicho sea por lo que valga, sigue prestándome en estos días de prueba para las letras, no obstante la prodigiosa actividad con que algunos pobres hombres han dado hace tiempo en la flor de aconsejar á nobles publicistas, indiferentes á nuestras luchas, que se guarden y abstengan de seguir anunciando en sus periódicos (aunque sea sin ninguna alabanza, como yo se lo pido) la incesante reimpresión de mis inofensivas y afortunadas obras!...—¡Ufl ¡qué ascol ¡Esto sí que es *naturalismo* de la envidia y la impotencia! ¡Esto sí que pertenece á la escuela *pornográfica!*—Afortunadamente,

los mencionados publicistas no obedecen, por lo regular, á sus consejeros, ni consideran que hay razones de patriotismo para estorbar la expendición de novelas en que no se deshonra al género humano.

Con que adiós, mi buen compañero. Reciba V. mil plácemes y mande á su afectísimo amigo, que de veras le quiere,

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 27 de Marzo de 1884.

